

Jorge González

Uritorco

Guía de trekking y escalada

PALLONI EDICIONES

Los caminos a la cima

CRÓNICA PERSONAL



Se establece con un lugar y una montaña, una “relación” que el tiempo va aquilatando en historias comunes y experiencias. Quizá el conjunto de todas ellas sea el conocimiento pero en este capítulo en particular, deseo transmitir lo que hace a otro aspecto: el de las emociones. De las que estoy agradecido porque si bien he puesto algo para que sucedan, pienso que se me presentaron por razones más fuertes que mi propósito de protagonizarlas.

Las emociones fueron producto de una serie de hechos que escapan a mi control: un atardecer, la niebla, el agua que calmó la sed, el viento peinando los pastos dorados, la fatiga, los momentos, en fin, en los que pude trascender mi dimensión humana, fui enteramente libre y un poco menos egoísta. Habrá otro capítulo donde describo la dificultad y característica de cada sendero, los tiempos que requiere el ascenso y particularidades de la marcha pero ahora, deseo contar sobre otras cosas, las que se viven con el alma.

Yo me había radicado en la zona desde hacía poco tiempo y si en las conversaciones habituales se deslizaba el tema de que practicaba montañismo, la pregunta de si había subido el Uritorco era inevitable. Mi respuesta de que no había estado en esa montaña, generaba una suerte de desazón y hasta diría desconfianza sobre mí supuesta experiencia y, sin exagerar, pare-

cía esto contrastar aún más con el hecho de que la mayoría de los interlocutores casuales, habían estado en la cumbre y en general en tiempo récord. Personalmente, tenía la íntima convicción de que se iba a dar la oportunidad que efectivamente llegó sin presiones externas. La cita anterior sobre algunos aspectos “folclóricos” la hago con la intención de remarcar que así deben suceder las cosas en la montaña.

La oportunidad debe darse en el momento en que estamos preparados física y mentalmente, no hay ningún examen que rendir sino es con nosotros mismos y no debemos distraer nuestros sentidos haciendo caso a un supuesto desafío de nuestras habilidades o fuerza física. Subir una montaña sirve para otras razones.

Imaginar la ruta

Un hecho muy grato me llevó por primera vez a esta montaña en *octubre de 1993*. Conocí a Francisco Vélez Funes y con la algarabía que le es propia, me invitó a su pequeña casita en las faldas del cerro, una de las pocas en ese momento sobre el camino que tuerce a la derecha después de la Estancia Uritorco. La razón principal era que deseaba mostrarme el bosque de quebrachos enrojecido en ese momento del año y nos internamos para eso en un sendero que se montaba sobre uno de los contrafuertes del cerro. Realmente era hermoso y allí “imaginé” la ruta que desde abajo me hacía pensar que salía de manera bastante directa a la cumbre. Con Benito Folmer días después, logramos el ascenso por ese *espinazo Oeste* en una jornada bastante dura pero muy plena en virtud de que el descenso por la misma ruta le dio un mayor interés deportivo. Yo le llamé a una nota publicada tiempo después sobre esta experiencia: “*Cumbres rojas*”.

Lo cierto es que, por varias razones, el Uritorco generaba situaciones muy especiales en lo que estrictamente hace a su geografía como también en el campo de las cosas más intangibles.

Benito Folmer pasó a buscarme muy temprano por Cruz Chica y yo lo esperaba al costado de la ruta sentado sobre mi anorack (rompevientos) para evitar el pasto húmedo de esa mañana. Nos fuimos al Uritorco y nos metimos al monte bajo y espinoso para tratar de alcanzar el filo Oeste. Yo estaba convencido de que ese era el primer obstáculo serio de la montaña: su espinal cerrado. Llevaba un machete corto de ayuda y estábamos atentos a encontrar rápido un paso que podía definir la continuidad o no de nuestro intento. Todo fue bien tanto al ir como al regreso ya que, milagrosamente una huella siempre “se nos ponía adelante” facilitándonos el avance.

Alrededor de la media tarde comenzó a formarse un frente de tormenta muy preocupante. Como ese día jugaba la selección argentina que Benito quería ver por tele-

visión, yo le dije que la única forma de llegar a tiempo para el partido, era bajar por el mismo filo. No le confesé todo lo que pensaba. Por un lado conocíamos la ruta porque la acabábamos de hacer, era rápida para bajar y eso me daba garantías de que podíamos ganarle al mal tiempo y por otro, me complacía el hecho de lograr el ascenso y el descenso por la misma vía estando mi compañero en condiciones. Así fue. Llegamos abajo y el Uritorco se tapó completamente de nubes que pasaban con furia sobre el filo Norte, bajó la temperatura bruscamente y se desató una fría llovizna. Habíamos salido a tiempo. El cerro nos mostró en cuestión de horas su cambio de condición y la necesidad de llegar a él con respeto. Quizá esa actitud que llevamos hizo que todo fuera bien y bajáramos sin lamentar ningún problema. Yo estaba feliz.

El asunto fue que al revisar mi mochila, caí en la cuenta que mi anorack no estaba (una prenda muy querida por mí porque me había acompañado a la cumbre de otras montañas) y, haciendo memoria, tuve que aceptar que había quedado al costado de la ruta cuando subí al auto a la mañana temprano. La verdad es que me extrañaba que yo pudiera tomar esa pérdida sin muchas lamentaciones y enojos pero estaba muy calmado y se lo atribuía a la plenitud de lo vivido ese día. Cuando Benito me llevaba de nuevo a Cruz Chica y, aunque parezca increíble, allí estaba mi campera, al costado de un camino que es muy transitado y en el que se había quedado prácticamente durante todo el día.

El Uritorco, la montaña, el alma, se combinaban para algo que no es tan frecuente en nuestras existencias: el festejo, la celebración de la vida.

Como dato ilustrativo deseo agregar que, aquél mismo día del Uritorco, la tormenta se desató con inusual violencia en la zona de las Altas Cumbres y casi se produjo la muerte de un chico. “La lección del Champaquí” fue una nota que hice como reflexión de que no debemos subestimar los bruscos cambios de la montaña y nuestra propia experiencia nos lo había recordado.

Cabalgata de dos días

Mi historia cronológica con el Uritorco, que hoy es recuento, continuó con una incursión a caballo accediendo por uno de los flancos menos visitados del cerro: la cara Este, por la ancha quebrada que lo separa del cerro Minas (1830 m) y con un descenso que no repetí nunca más de ese modo pero que me permitió tomar contacto con su sendero de ascenso “normal” que parte desde “la base” en las cercanías de La Toma.

Yo trabajaba para la revista “Weekend” y de viaje a Buenos Aires y en la redacción, encuentro que mis compañeros me habían dejado en la cartelera una nota dirigida a la dirección, invitando a hacer una cabalgata de dos días en el Uritorco. Claro, la decisión del director José Luis Aldorisiso fue inme-

diata “Jorge, tomá nota de esa gente, llámala y ahora que vivís allá hacela vos”. Así ocurrió y eso me permitió conocer a la señora Mariana Tessi, a su esposo Fernando Toubes y a otra cara del Uritorco y su fantástico ambiente.

La cabalgata La tramontana-Los Moros-La Toma dejó un sinnúmero de experiencias y me mostró claramente el potencial de este cerro, todo lo que podía hacerse como área natural desde lo turístico y cosas que había que corregir para lograrlo. Era noviembre de 1993 y fue mi segunda incursión por el Uritorco.

Las charlas intercambiando opiniones con Mariana Tessi y Fernando Toubes, fueron de lo más jugosas y eran el producto de la experiencia de ellos en el manejo de grupos a caballo y el aporte de lo que yo en tantos años había asimilado como criterios de diseño de circuitos alternativos y particularmente de esa especialidad. Había dos grandes temas: uno era el de la dificultad del circuito y el esfuerzo que requería por las características del terreno y, coincidíamos, en que se trataba de un itinerario exigente y para un público con experiencia previa y preparado; dicho esto, siempre con el fin de lograr el objetivo principal de una experiencia de este tipo: que la gente disfrute.

El otro aspecto era de índole “anímico” ya que después de haber estado la primer jornada vinculados muy intensamente con el ambiente, en soledad y en un escenario vasto y de pleno silencio que culminaba de gran forma con el campamento en el puesto Los Moros, el contraste era muy marcado con la segunda jornada. Descender por el camino normal de La Toma, tiene un sector muy difícil para las cabalgaduras al encontrar roca viva y lisa (a la altura del chorillo de agua) donde es aconsejable descender para llevar el animal de tiro y además, es un sendero muy transitado (al menos en esa época) con todo lo que eso lleva aparejado: gritos, deshechos o largas esperas para el paso.

Al fin la “normal”

Auspiciado por la Municipalidad de Villa Giardino dicté un curso orientado a la formación de Guías de Turismo Aventura y con el grupo de alumnos, una de las salidas prácticas fue el ascenso al cerro Uritorco por la ruta normal que hicimos guiados por Javier Peralta Ramos. Yo pude, de ese modo, conocer el sendero normal en mayo de 1995.

Mi informe de entonces era el siguiente:

“Hemos realizado la ascensión por la vía normal en un total de 6 horas. Una subida controlada permite un descenso sin agotamiento físico... Los cambios bruscos de su condición, pueden convertir al Uritorco en un cerro de cuidado. La parte final, en caso de niebla, no tiene referencias para orientarse. En caso de tormenta se está

muy expuesto. No se debe encarar la subida sin el suficiente tiempo. Es común el viento en la parte terminal y la cumbre. Se paga un derecho de ingreso al inicio del sendero pero debería adecuarse para los guías con contingentes a cargo. No existe una planilla de control ni hay grupo de salvataje. Los guías de común acuerdo podrían inaugurar otra ruta para descongestionar la normal. El señalamiento debe hacerse con un criterio didáctico y carteles de chapa que eviten el pintado de las piedras. La gente que cobra en el ingreso podría dar a cada ascensionista una bolsa de residuos que debería entregar al regreso.”

La vía Mallory

Con Eduardo Maggio y Javier Peralta Ramos escalamos el Uritorco por la pared Norte y consideramos que fue la primera ascensión dado que no se tenía conocimiento de algún antecedente similar. Esto fue el objetivo propuesto por mí como cierre del curso que dicté para ellos y Julio Guevara y por eso a la ruta me permití llamarle “Vía Mallory”, nombre de mi Escuela de Montaña y Escalada. Era septiembre de 1995.

Me presenté al encargado de la estancia Uritorco y me autorizó a explorar el ingreso hasta la base de la pared. Me quedé hasta el atardecer observándola, mirando ese extraño cambio de tonos desde el lila intenso, al rojizo y luego al gris acerado y finalmente las sombras de las últimas luces. Una semana después, entramos con la intención de escalarla.

Lo que más me impactó en la zona fue encontrar un cerro “desconocido”, la visión era tan distinta a la que estaba habituado que me pareció otra montaña y, por sobre todo, la sensación de una muy fuerte energía que yo atribuía a la ausencia total de vestigios humanos. No encontramos ningún indicio de ella y menos aún en la pared y, por la misma razón, fuimos estrictos nosotros en no dejar ningún tipo de huella.

Alcanzamos la cumbre alrededor de las 20 horas y el descenso lo hicimos por la normal. Llegamos a la once de la noche a Capilla del Monte después de una jornada de 11 horas de escalada, sin dinero y con el equipo colgado en los arneses. Al día siguiente, fuimos a retirar el equipo a la base de la pared con E. Maggio y Andrea Olmos y 24 horas después, un voraz incendio alcanzó el lugar de nuestro vivac.

Pastizal de altura

Entusiasmado con esta montaña, deseaba conocerla por todos sus flancos y a poco de haber hecho el ascenso por el Norte, le dije a Andrea Olmos que me acompañara a subir por el Este, haciendo un vivac en Huertas Malas.

Además de la satisfacción que sentí por haber completado lo que nos habíamos

propuesto, empezaba a tener un conocimiento global de la geografía del cerro y eso me daba cierta confianza para alentar otros proyectos. La exuberante vegetación de Huertas Malas, la roca y el agua buscando el ingreso a nuestra ruta, el dorado pastizal de la salida del canalón que encaramos, quedaron grabados fuertemente en mi memoria.

La larga cresta del gran cerro

En julio de 1998, con Anahí Pomponio, recorrí la que llamamos “integral” del Uritorco montándonos en el inicio del filo por el Norte y recorriendo enteramente la cresta hasta su salida en el Sur, por el sendero normal.

Lo más intenso de lo que fue esta hermosa experiencia creo que lo puedo resumir en que lo duro del acercamiento se compensaba ampliamente con el paisaje de los quebrachos rojos, en el hecho de haber logrado ingresar al filo desde su mismo nacimiento, haber encontrado en el primer “quiebre” de la cresta un lugar apropiado para nuestro vivac y, por supuesto, el logro del objetivo que, por menos conocido, en el tramo hasta los contrafuertes de la pared Norte tuvo los momentos más culminantes.

Derrumbes

Siempre tuve interés por escalar en el *flanco Sur*, la pared que había visto y fotografié durante el ascenso por el filo Oeste y la misma que uno deja a la izquierda cuando sube por el sendero normal. Lo cierto es que siempre me pareció un poco peligrosa y con un aspecto algo sombrío e inestable y hasta la fecha, nunca pude hacer una evaluación más ajustada.

Con el propósito de verla de cerca, me interné con Anahí Pomponio y Darío Durban por la quebrada que conduce al pie de la pared pero nos encontramos con un verdadero caos de bloques que hacen difícil y peligroso el tránsito por allí. Dejamos la exploración por ese motivo y buscamos el sendero normal que, arriba y a la derecha, serpentea claramente a la altura de cuando gana el último tramo en la roca hacia La Pampilla. Hasta allí llegamos y bajamos después a La Toma. Fue en el mes de agosto del año 2000. Lamentablemente en setiembre del año 2001, un joven escalador rosarino, Christian Ginesi, se mató en la pared sur. *Lo conocí el día anterior al accidente y conservo el recuerdo de su jovial aspecto. Se dijo que una placa se le desprendió en el rappel. Ni con su amigo Alfredo Fernández por carta, ni con su padre personalmente un mes más tarde, pudimos reconstruir fehacientemente lo que pasó. Aún estoy consternado por lo ocurrido y es demasiado dura su pérdida para no volver a reiterar que la montaña exige experiencia, observación y prudencia.*

En noviembre del 2003 con Anahí Pomponio subimos por el sendero normal hasta el “segundo descanso” y desde allí bajamos por la quebrada que está al pie de la cara Sur. El descenso lo hicimos por una pendiente no tan escarpada y de aproximadamente unos 200 m de desnivel hasta llegar al cauce del arroyo. De allí en más, seguimos el curso del arroyo en ese momento seco. La falta de agua facilitó nuestro avance sin tener que sortear saltos de gran dificultad. Solamente ocurre que en un momento, al comienzo de la marcha, una pared vertical obliga a dejar el cauce a la izquierda y cruzar en diagonal una muy peligrosa zona de derrumbe por suerte de no más de 40 metros de ancho. Superado este sector vuelve la vegetación. Encontramos gran cantidad de plantas de duraznos, también moras, higueras y hasta naranjos. Al ir protegido del viento y a la sombra por la alta vegetación, se convierte en una variante interesante de descenso del cerro. La pared Sur se destaca a la derecha pero no parece este el mejor acceso sino el del filo Sur Oeste.

Horizontes

Durante el mes de *diciembre del año 2000*, con Anahí Pomponio hicimos otra incursión fantástica por el Uritorco aunque sin alcanzar su cumbre.

Subimos por el sendero normal hasta el filo que está encima de La Pampilla y que hay que seguir a la izquierda para ganar la parte final hacia la cima. Lo abandonamos para tirarnos del otro lado, es decir hacia el Este y buscando el llamado Puesto de Pavón. El propósito de esta incursión fue el ascenso del cerro Minas y la exploración de la junta de los arroyos de las Minas y el Quebrada de Huertas Malas, para finalmente descender 34 km a caballo desde el puesto de Pavón a Cruz Chica. Fueron dos jornadas intensas y cambiantes, que nos mostraron una montaña y un entorno lleno de rincones para recorrer, altamente atractivos y poco andados.

¡Cuánto por conocer!

En *octubre del año 2001*, con Anahí Pomponio, fuimos a Ojo de Agua y desde allí tomamos el sendero que tuerce a la derecha y se desprende del que conduce a La Tramontana con la intención de encontrar la antigua subida que marcó Rimann en 1918. Terminamos realizando una *travesía hasta la estancia Uritorco* y regresando por el camino de la Aldea Policial.

La quebrada en la que se interna el sendero que tomamos durante una hora, la vista fantástica de todo el filo y la pared Norte del cerro, la fuerza de la vegetación y la ausencia casi total de indicios humanos han quedado como las sensaciones más fuertes de esta caminata.

Otro desafío y algunos recuerdos

En *noviembre del año 2001*, con Anahí Pomponio y Marisa Luna encaramos el filo Suroeste que yo estaba interesado en conocer y que, desde abajo, se ve que empalma, a la altura de los grandes bloques blancos, con el filo Oeste que yo conocí en mi primer incursión al Uritorco. Lo hicimos en una jornada bastante dura y bajamos por la normal.

Estar en la parte superior del filo y tener enfrente la línea del sendero normal, ver la sombría pared Sur, revivir los momentos de aquel primer ascenso por el Oeste, llegar a la parte final y en ese caos de "islas" de roca poner fuerza para llegar hasta debajo de la cumbre, ver de nuevo la salida de la vía Mallory de la pared Norte y descubrir que a unos metros más atrás hay un mortero, señal quizá, de que fue un lugar de observación y meditación para gente de otro tiempo, fueron las vivencias más fuertes de esta experiencia.

Mirar desde el frente

El título se refiere a como nació el deseo de caminar toda la ladera Sur Oeste del cerro y llegar a Huertas Malas. En las muchas incursiones a la propia Huertas Malas, al dique Los Alazanes o al cerro Overo, desde la Cuesta del Toro se recorre con la mirada todo ese flanco cortado por las sombras de espinazos rocosos y las profundas quebradas. ¿Se podrá por allí llegar a Huertas? Es claro que sí, pero... en una oportunidad, salimos encima de la Cueva de la Casa de Plata y nos encerró una vegetación descomunal hasta poder sortear por debajo, el primer contrafuerte de roca que tiene altas paredes, exactamente debajo del segundo "descanso" de la ruta normal. Esa fue la primera vez que me metí en esa ladera. La segunda, fue cuando bajamos de la "integral" saliendo del sendero normal a la altura del segundo descanso para tomar el antiguo camino que termina en La Toma. El desafío estaba planteado, faltaba que se diera la oportunidad. Una llamada de Rodrigo Esmella un sábado casi a medianoche juntó lo que hacía falta: las ganas, el tiempo, el compañero. A las 9 y media de la mañana de un domingo de marzo del 2006 estábamos en La Toma rumbo al ingreso del viejo sendero al Uritorco y comenzábamos la marcha. Todas mis apreciaciones distaban un poco de lo que fue la realidad. El esfuerzo y la dificultad me hicieron decir al final del día algo que no digo casi nunca: "Bueno, ya la hicimos, pero no vuelvo nunca mas..." *Al mismo tiempo (y como pasa siempre) la magnitud de aquello, la presencia de mi compañero alentando a continuar, el saludo de Gabriela desde la cresta del Overo que iba a nuestro encuentro por la ruta normal de Huertas Malas, aquellos pasos de escalada, esas laderas increíblemente verticales, la vegeta-*

ción, las horas de esfuerzo, fueron desvaneciendo lo dicho y poniendo en primer plano lo vivido con la fuerza que hace olvidar algunas pocas penurias.

El comportamiento ante la naturaleza

No tomar atajos, ya que erosionan gravemente al sendero principal. No arrancar las matas de romerillo o pichanilla. Es aún más grave destrozarse los maitenes (orco quebracho) que crecen en las laderas escarpadas por las que discurre el agua de vertiente, son casi únicos en la zona y brindan sombra y belleza al lugar. En el lugar de acampe, evitar el lavado de la vajilla con detergente. No emplear el lugar como baño público. Toda la basura que se genera en forma de envases y residuos de alimentos, del tipo que sea, deben ser bajados y por lo menos, dejarlos en donde se paga el arancel de paso. No pintar las piedras con nombres o leyendas. La cumbre es la culminación del esfuerzo y como tal, la posibilidad de encontrarse por ese estado de ánimo, con emociones intransferibles e intensas: respetar el espacio de los demás y no dejar basura ni testimonios en la cruz que agredan al significado que debe tener el ascenso a una montaña. No hacer fuego. Si es posible, no pisar las flores pequeñas. Respetar la vegetación y a los pájaros. Ejercer el derecho de proteger el lugar.
